

sas: el Sr. Drouyn de Lhuys, en ocasión de presidir la distribución de premios del concurso general, celebró á Napoleón «como un genio tutelar que se cierne por encima de las tempestades;» y el Sr. Baroche, en una circular dirigida á los obispos con motivo de la solemnidad del 15 de agosto, expresábase en estos términos: «El pueblo se dispone á celebrar la fiesta nacional en medio de sucesos que atestiguan por modo brillante el ascendiente moral del emperador.» Desgraciadamente las alabanzas, por su misma exageración, ya no convenían é igual escepticismo reinaba entre los que tales fórmulas componían que entre los que las escuchaban.

El fracaso del proyecto relativo á Maguncia hacía temeraria ó peligrosa toda reivindicación de territorio germánico; esto no obstante, persistióse en buscar una combinación que apareciese como una satisfacción para el sentimiento público y como una garantía contra la vecindad de la omnipotente Prusia. Estas ideas inspiraron una negociación puramente oficiosa, intentada sin intervención de la diplomacia acreditada, proseguida sin gran esperanza, y muy pronto interrumpida, y que, sin embargo, merece ser mencionada.

Un día (era en mayo ó junio de 1866) en que en las Tullerías se deliberaba sobre el conflicto austro-prusiano y sobre la actitud que al gobierno imperial le convenía adoptar, el Sr. de Persigny propuso que se dejara á Bismarck en libertad completa de extenderse desde el Báltico al Mein; en cambio, los príncipes desposeídos serían indemnizados en la orilla izquierda del Rhin, en donde constituirían una barrera entre Francia y Prusia. El antiguo ministro, entusiasmado con su proyecto, habíase elevado hasta las más halagüeñas esperanzas, y había considerado que aquellos pequeños principados unidos entre sí y fuertemente atraídos hacia el imperio francés por la comunidad de religión ó por los intereses mercantiles, podían ser el núcleo de una «Confederación de las Galias (1).» Pero después de Sadowa hubiera sido un singular anacronismo hablar de tal Confederación, y desde este punto de vista, el plan del Sr. de Persigny entraba en la categoría de las quimeras puras; y lo único que de él merecía tenerse en cuenta era la creación de un Estado intermedio, interpuesto en nuestra frontera del Este y que por lo menos no sería enemigo.

Había entonces en París un agente danés, muy metido en los negocios de su patria y muy afecto á Francia, el Sr. Hansen, el cual, en extremo celoso de los derechos del Sleswig, había defendido la causa de éste cerca de Bismarck, que le había tratado con cierta benevolencia. El día 11 de agosto fué llamado al palacio del muelle de Orsay, en donde fué recibido por el jefe de gabinete del ministro, el Sr. de Chaudoridy, quien le entregó un memorándum redactado tres días antes por el Sr. Drouyn de Lhuys. En este documento se negaba, en nombre del gobierno imperial, toda idea de ambición y de conquista y se proclamaba que en presencia de los extraordinarios engrandecimientos de Prusia, la principal necesidad de Francia era una protección en sus fronteras. «El emperador, añadía en él el Sr. Drouyn de Lhuys, vería con gran satisfacción alejada definitivamente toda causa de con-

(1) Sr. de Persigny, *Mémoires*, págs. 332-333.

flicto entre dos grandes pueblos mediante un organismo análogo al de la Suiza moderna ó de Bélgica.» En el proyecto que seguía á esta declaración habíase puesto sumo cuidado en no herir las susceptibilidades del rey Guillermo: el nuevo Estado, aunque neutral, sería puramente germánico, y aunque políticamente separado de Alemania, estaría en comunión con ella, quedando el sacrificio territorial ampliamente compensado para el gobierno de Berlín con las anexiones realizadas en el Norte. En estas condiciones, ¿podía siquiera hablarse de sacrificio? En la copia de la memoria confiada al embajador danés, el candidato indicado para el nuevo trono resultaba ser un príncipe de la familia Hohenzollern, con lo cual las provincias renanas, á pesar de tener en lo sucesivo una existencia aparte, seguirían siendo patrimonio de la casa real. Tal era el *memorándum* del Sr. Drouyn de Lhuys; y se invitaba al Sr. Hansen á que, después de penetrarse bien de él, marchara sin tardanza á Berlín é hiciera todo lo posible para hacer prevalecer los propósitos en él contenidos.

¿Qué decir de aquel programa? La mayor desgracia del gobierno imperial no fué la ignorancia del bien ni la penuria de las ideas: las mejores intenciones fueron entrevistas, aconsejadas y debatidas, pero las más de las veces se mezclaron en inextricable confusión y casi siempre se formularon antes ó después del momento propicio. Antes de la lucha, la combinación del *Estado neutral* hubiera podido entrar en el cálculo de los futuros acomodamientos, y aun tal vez habría podido imponerse al día siguiente de Sadowa; pero ¿qué probabilidades de éxito podía tener seis semanas después de la victoria de Prusia?

El día 13 estaba en Berlín el Sr. Hansen, quien, apenas llegado allí, solicitó audiencia de Bismarck. Tres días hubo de esperar y al cuarto fué recibido no por el primer ministro, sino por el Sr. Kendell, consejero de legación. Dada la afortunada situación de Prusia y dada también la modestia del enviado danés, no había por qué contrariarse y el Sr. de Kendell no se contrarió. Su lenguaje fué el de un subordinado que se muestra aún más duro que su superior: dijo que Prusia no estaba obligada á Francia, puesto que no había solicitado su intervención; que la mediación del emperador no había producido otro resultado que restringir las consecuencias de la victoria; y que en Berlín se apreciaba indudablemente el buen acuerdo con Francia, pero que la mejor garantía de fuerza era el apoyo de Alemania. La respuesta se resumía en esta fórmula perfectamente clara: ni cesión ni neutralización de ningún territorio germánico. Quedábale al Sr. Hansen una esperanza, poder conferenciar directamente con el presidente del Consejo, mas éste le mandó decir al otro día que no le recibiría si no presentaba poderes regulares. El negociador, abandonado por todos, intentó aún algunas gestiones, pero todo fué inútil. Sin embargo, uno de los altos funcionarios de la monarquía sugirióle, aunque sin gran fe en el éxito, un recurso supremo, consistente en que Prusia se anexionase Sajonia indemnizándose al rey de ésta con algunos territorios en la orilla izquierda del Rhin, es decir, el mismo proyecto que poco antes había expuesto Napoleón al Sr. de Goltz y que éste había considerado impracticable. El señor Hansen, en extremo perplejo, acabó por enviar al mi-

nistro de Negocios extranjeros un telegrama concebido en estos términos: «La casa de Berlín habla vagamente de apoderarse de la porcelana de Sajonia á cambio del vino del Rhin.» A todo esto, en París el Sr. Drouyn de Lhuys había resignado sus funciones y sólo conservaba su cartera en espera de un sucesor, y la siguiente respuesta que recibió el Sr. Hansen algunas horas después, revelaba fatiga y desaliento: «No digáis nada á nadie y regresad cuando queráis (1).»

¡Ojalá que aquel desaliento hubiese sido duradero! El lamentable asunto de las compensaciones no debía terminar sin un último epílogo y por cierto no el menos triste. No pudiendo ya poner nuestras miras en Alemania, desvíamos los ojos del Nordeste y los dirigimos al Norte; y no habiendo podido hacer presa en las provincias renanas ni crear una nueva Bélgica, soñamos con absorber, cuando menos, á la otra Bélgica, á la que ya existía.

La excusa, la única excusa para concebir tal idea, fueron las sugerencias de Bismarck, según el cual Francia tenía el derecho de extenderse por dondequiera que se hablase la lengua francesa, y Prusia nada tendría que oponer si aquella hacía uso de esta facultad legítima. El Sr. Benedetti ha afirmado en sus despachos, en sus libros y en sus conversaciones (y yo mismo se lo oí decir varias veces) que en más de una ocasión Bismarck, siempre en acecho de engrandecimientos para su país, trató de desviar hacia Bélgica las ambiciones imperiales. Lo propio hacía en París el Sr. de Goltz, quien, temeroso de que el emperador reclamara su parte de beneficios, se dedicaba á preparársela en todas las fronteras, excepción hecha de la alemana. Encontrándose el Sr. Benedetti en Nikolsburgo, el presidente del Consejo concretó estos pensamientos, y lo que hasta entonces no había pasado de insinuación, fué positivo estímulo. El 26 de julio, nuestro embajador escribía al Sr. Drouyn de Lhuys: «No diré nada nuevo á Vuestra Excelencia si le anuncio que el Sr. de Bismarck opina que debemos buscar un equivalente en Bélgica y que me ha ofrecido entenderse con nosotros (2).»

Napoleón, por sus cualidades y hasta por sus defectos, parecía estar muy por encima de estas vulgares tentaciones: para alentar falsos cálculos, para dar consistencia á quimeras, su inteligencia complicada encontraba prodigiosos recursos, consumiendo más esfuerzos en extraviarse que otros en situarse en el verdadero camino; pero estas debilidades de su inteligencia no afectaban al corazón, y el mismo hombre que era capaz de todas las aberraciones era incapaz de una villanía. ¿Cómo, pues, ese príncipe de alma generosa se desvaneció hasta el punto de pensar en reparar á costas de un débil las desgracias que un fuerte le había ocasionado? Napoleón, hábil en discernir los menores matices de la opinión, comprendía que la confianza general menguaba, precisamente cuando la proximidad de un cambio de reinado haría más funesto todo debilitamiento del prestigio dinástico; de aquí el ansia de un triunfo, costara lo que costase; de aquí el convenc-

miento de que la mayor de las faltas sería una inmovilidad que pareciese inercia. Por otra parte, pasan de cuando en cuando por las almas ráfagas de violencia como ráfagas de epidemia: después de las iniquidades de Polonia, de los sofismas de la cuestión danesa, de los atrevimientos brutales de la política prusiana, la atmósfera estaba saturada de esas ráfagas malsanas, y en medio de la opresión general de todos los débiles, sólo una cosa parecía pequeñez de espíritu ó candidez, á saber, el no lograr ganancia alguna. Presa de esta emulación, el emperador cedía lentamente, poco á poco, con toda suerte de regresiones y arrepentimientos; pero cedía, y para colmo de desdicha sus propios escrúpulos habían de volverse contra él, porque, habiendo sido el último en decidirse á ser malo, lo sería tardíamente, cuando todos los beneficios habrían sido recogidos y cuando el único premio de la injusticia habría de ser el descrédito de haber desertado de la causa del derecho. Entre los papeles de las Tullerías encontré un documento sin fecha dictado al Sr. Conti y que, redactado seguramente en aquella época, revela las desviaciones de la conciencia imperial: en él, el emperador, con esa timidez de los que sólo á disgusto son servos, señala en trazos algo indecisos el esbozo de sus malos pensamientos, y como si quisiera amnistiarse á sí mismo, invoca el principio de las nacionalidades: «No existe nacionalidad belga, añade, y conviene determinar con Prusia este punto esencial.» Prosigue luego en estos términos: «Estando dispuesto, al parecer, el gabinete de Berlín á entrar en arreglos con Francia, sería conveniente negociar un documento secreto que obligara á las dos partes.» Y después de haber trazado esta línea de conducta, el emperador, sintiendo nuevamente desconfianza, se ve acometido por la duda de «si aquel acto será una garantía perfectamente segura;» pero muy pronto su vacilación cesa y desenvuelve entonces las ventajas de la combinación, que serán: primera, comprometer á Prusia; tranquilizarla demostrándole que Francia busca sus extensiones en todas partes menos á orillas del Rhin (3).

Estos designios, en un principio vagos, no tardaron en concretarse en un documento muy positivo. El 16 de agosto envié al Sr. Benedetti una instrucción en la que se resumían las reivindicaciones de Francia; y, cosa extraña y que revela el desorden de los asuntos franceses, aquella instrucción partió del ministerio de Estado. Nuestro embajador había de pedir la cesión de Landau, de Sarrebruck y de Sarrelouis y por añadidura concertar un acuerdo para que se nos facilitara la cesión del Luxemburgo. El principal objeto de la negociación era un tratado secreto que nos permitiera, sin oposición y aun con el apoyo de Prusia, apoderarnos, en caso necesario, de Bélgica; y si á esto se formulaban objeciones, el diplomático francés estaba autorizado para renunciar á las pequeñas plazas fuertes, en cuya posesión no se tenía gran empeño y que hasta eran calificadas de *viejas btocas*. Además podría convenirse, en caso de que el temor á resistencias británicas exigiese esta restricción, que Amberes quedase constituida en ciudad libre. A cambio de estas estipulaciones, Francia contrataría con Prusia una alianza ofensiva y defensiva

(1) Véase Hansen, *Quinze Ans à l'étranger*, págs. 108-115.

(2) Véase Benedetti, *Ma mission en Prusse*, passim.—Benedetti, *Essais diplomatiques*, págs. 45-55.—Véase también *Documents diplomatiques*, publicados en 1870.—Hansen, *Quinze Ans à l'étranger*, pág. 91, etc.

(3) *Papiers des Tuileries*, tomo I, págs. 16-17.

y reconocería todas las adquisiciones por ella realizadas (1).

Provisto de estas instrucciones, el Sr. Benedetti, en una entrevista con Bismarck, expuso el plan y lo discutíó. Francia, al fin y al cabo, era la que presentaba la combinación; pero la presentaba después de tantas y tan apremiantes sugerencias de Prusia, que sobre ésta debe recaer la principal responsabilidad. El presidente del consejo, más firme que nunca en su resolución de no abandonar ningún territorio alemán, rehusó la cesión de Landau, de Sarrebruck y de Sarrelouis, es decir, de las ciudades que habían quedado en nuestro poder en 1814; y en vez de un doble tratado, tratado ostensible en lo relativo al Luxemburgo y tratado secreto en lo referente á Bélgica, juzgó conveniente la redacción de un solo documento que sería confidencial. El embajador anotó en la minuta que tenía en la mano las correcciones que el primer ministro prusiano le dictaba; y habiendo Bismarck expresado el deseo de que se le comunicara una copia exacta del texto para someterlo al criterio del rey, el Sr. Benedetti, sin oponer la menor objeción, pues ya hemos visto cuán cortés y confiada era la diplomacia francesa, cogió la pluma y puso en limpio el proyecto enmendado y raspado, que estaba concebido en los siguientes términos:

ARTÍCULO PRIMERO.—S. M. el emperador de los franceses admite y reconoce las adquisiciones que ha realizado Prusia á consecuencia de la última guerra que ha sostenido contra el Austria y sus aliados...

ART. 2.º—S. M. el rey de Prusia promete facilitar á Francia la adquisición del Luxemburgo...

ART. 3.º—S. M. el emperador de los franceses no se opondrá á una unión federal de la Confederación del Norte con los Estados del Mediodía de Alemania, á excepción de Austria, la cual unión podrá basarse en un parlamento común, si bien respetando, en una justa medida, la soberanía de dichos Estados.

ART. 4.º—Por su parte, S. M. el rey de Prusia, en el caso de que las circunstancias obligaran á S. M. el emperador de los franceses á introducir sus tropas en Bélgica ó á conquistarla, concederá el concurso de sus armas á Francia y la apoyará con todas sus fuerzas de tierra y de mar contra cualquiera potencia que en esta eventualidad le declarase la guerra.

ART. 5.º—Para asegurar la ejecución completa de las disposiciones precedentes, S. M. el rey de Prusia y Su Majestad el emperador de los franceses contratan una alianza ofensiva y defensiva (2)...

Así se redactó, en una especie de colaboración puramente oficiosa y amistosa, el proyecto que sólo era un esbozo, pero que por la adhesión de ambos gobiernos podría convertirse en un tratado definitivo. Cuando el Sr. Benedetti hubo dejado la pluma, Bismarck dobló el documento y lo apretó entre sus manos como suele hacerse con algún objeto que puede ser de utilidad.

(1) *Papiers de Cercey*. Sabido es que el Sr. Rouher había trasladado en 1870 á su finca de Cercey un cierto número de papeles de Estado creyendo que de este modo estarían seguros; pero estos documentos fueron cogidos por los prusianos y transportados á Berlín. Algunos de ellos fueron publicados por el gobierno prusiano en el *Reichsanzeiger* de 20 de octubre de 1871.

(2) Véase el facsímil en los *Archives diplomatiques*, 1871-1872, tomo III, págs. 280-281.

Por segunda vez se había *hecho con algo escrito*, siguiendo la recomendación de Federico el Grande.

Mientras se llevaban á cabo estas negociaciones, el primer ministro prusiano acababa de consolidar su fortuna. El 17 de agosto habíase presentado á las Cámaras el proyecto que consagraba la anexión del Hannover, del Hesse electoral, del ducado de Nassau y de la ciudad de Francfort, frutos de la victoria que el rey reclamó con modesta concisión. Pocos días después, al recibir á los delegados del Hannover, les declaró que sólo *con pena, con mucha pena* se resignaba al papel de conquistador; pero añadió que la Providencia lo había querido así y que todo lo que era provechoso para Prusia lo era también para la gran patria germánica. En cuanto á la Alemania del Norte, todo se preparaba ya para someter á una servidumbre uniforme á los Estados que conservarían las apariencias de la soberanía.

El 23 de agosto los preliminares de Nikolsburgo se convirtieron en tratado definitivo, que fué el tratado de Praga, por el cual desapareció el último temor de que Austria, ora fuese por medio de un congreso, ora por virtud de la ayuda de Francia, pudiese escapar á su enemigo victorioso. Al mismo tiempo firmóse la paz con los Estados del Sur en condiciones á la vez benignas y abrumantes. Veamos en qué se manifestó la magnanimidad prusiana: los tratados firmados el 17 con Baden, el 22 con el gobierno bávaro y algo después con el Hesse-Darmstadt, sólo imponían á los vencidos una contribución de guerra; únicamente el Hesse-Darmstadt y Baviera hubieron de consentir el primero en un cambio de territorios y la segunda en el abandono de tres pequeños distritos. Después de una derrota tan completa y dado el aislamiento en que el Austria dejaba á sus aliados, aquella conducta pareció generosidad inesperada; pero esto no era más que una apariencia, pues, por medio de un documento clandestino, Prusia había preparado ya el vasallaje de aquellos á quienes la diplomacia oficial declaraba independientes, habiendo sido Francia, según hemos visto, su cómplice inconsciente en su obra de absorción. Divulgando en Munich los proyectos del emperador de extenderse hasta Maguncia, pudo Bismarck convencer á Baviera de que sin razón confiaba en el monarca francés y de que no tenía más libertad que la de elegir dueño; entonces y sólo entonces los bávaros, bien á pesar suyo y después de haber buscado en vano algunas probabilidades de mejor suerte, se inclinaron al rey Guillermo, que á lo menos representaba á sus ojos una protección segura y era alemán como ellos. Las cortes de Carlsruhe y de Stuttgart habían dado ya el ejemplo de la sumisión. Los tratados secretos firmados el 13 de agosto con Wurtemberg, el 17 con Baden y el 22 con Baviera, establecían una alianza ofensiva y defensiva con Prusia y ponían, en caso de guerra, bajo su mando superior á todas las fuerzas aliadas. Tal fué la temible contraescritura que, con menosprecio de todas las declaraciones públicas, extendió la dominación prusiana más allá del Mein. Y ¡cosa singular! el último de aquellos tratados se firmó veinticuatro horas antes que el de Praga, cuyo artículo 4.º proclamaba la independencia del Sur, lo cual permitió al gobierno de Viena decir más adelante que el tratado había sido violado aun antes de ser suscrito.

El mismo día que coronó la grandeza de Prusia se-

ñaló el fin de la *política dilatoria* que esta potencia venía siguiendo respecto de Francia. La evolución fué brusca y capaz de descorazonar á quien quiera que tratase de realizar algunas gestiones ulteriores. A fines de agosto, el Sr. Benedetti, que volvió á ver á Bismarck, encontróle singularmente reservado y sobre todo singularmente receloso: el primer ministro prusiano dudaba de que el proyecto belga, poco tiempo antes discutido, fuese oportuno, y luego, sin preocuparse de si ofendía ó no á aquellos á quienes ya no temía, preguntábase si el emperador Napoleón se valdría de tal negociación para crear desconfianzas entre Prusia é Inglaterra. El embajador francés, demasiado inteligente para no hacerse cargo del cambio, escribía en 29 de agosto, tan inquieto como frío se mostraba Bismarck: «¡Qué grado de confianza podemos otorgar por nuestra parte á interlocutores accesibles á semejantes cálculos!» Y en lenguaje cada vez más desengañado, añadía, después de recordar la misión del general de Manteuffel á San Petersburgo: «Si se niegan á escucharnos, es porque han conseguido en otra parte seguridades que dispensan de contar con nosotros. Prusia, como Bismarck asegura haberse lo dicho al rey, necesita la alianza de una gran potencia; si se elude la de Francia, es señal de que cuentan ó están á punto de contar con otra (1).»

En el entretanto, el embajador había obtenido autorización para ir á Carlsbad, y allí estuvo quince días, dispuesto á interrumpir su veraneo en cuanto recibiera un mensaje del presidente del consejo; mas esperó en vano. En cambio, el Sr. Lefebvre de Behaine, que se había quedado en Berlín como encargado de negocios, hubo de sufrir las brusquedades del primer ministro que de pronto se había convertido en altanero, de conciliador en quimerista. Un día (era el 10 de septiembre), á propósito de un incidente de mínima importancia, se desató en duros reproches contra la política francesa: «Francia, dijo, pretendía intervenir en la constitución de la Confederación del Norte, obligando á Prusia á moderar sus pretensiones sobre Baviera y el Hesse-Darmstadt é inmiscuyéndose de mil maneras en los asuntos de Sajonia, contra la letra y el espíritu de los preliminares de paz.» El Sr. Lefebvre de Behaine escuchó al pronto aquel lenguaje con asombro lleno de estupor, mas repuesto muy pronto de su turbación, comprendió que el hombre que de tal modo hablaba no necesitaba ya para nada nuestra amistad.

En los días que siguieron á aquella entrevista, el principal cuidado del presidente del consejo fué eludir toda explicación: «El Sr. de Bismarck ha recaído en sus neuralgias; está obligado á guardar cama y no recibe á nadie;» así escribía la *Gaceta de la Alemania del Norte*. Y cuando el Sr. Benedetti volvió á Berlín, Bismarck, que, según decían, continuaba delicado, acababa de partir por una larga temporada. A su regreso, reanudáronse las relaciones, si no íntimas como en otro tiempo, por lo menos muy correctas; pero ¿podían reanudarse las interrumpidas negociaciones relativas á Bélgica? ¿No se había por ventura olvidado el mismo Napoleón de sus fugaces ambiciones? Desgraciadamente es más fácil desechar un mal pensamiento que hacer desaparecer las huellas del mismo; y Bismarck tenía en su poder

(1) *Papiers de Cercey*.

una prenda que imprudentemente se le había entregado y que ya no sería posible recuperar. Aquel documento, hecho público con intención pífida, y exagerado además por los comentarios de Europa, había de convertir un día en propósito profundamente meditado lo que, en la política francesa, no fué sin duda más que una pasajera desviación.

VIII

Prusia triunfaba de un extremo á otro de Alemania, y el mundo, que creía agotados todos los temas de sorpresa, todavía había de encontrar nuevos motivos de asombro: en efecto, por aquel tiempo supo que también Francia tenía numerosas razones para regocijarse.

En 12 de agosto, el Sr. Drouyn de Lhuys había cesado de hecho de dirigir el ministerio de Negocios extranjeros, y en 1.º de septiembre había sido reemplazado por el Sr. de Moustier, embajador cerca de la Puerta; mas como éste se hallaba aún en Constantinopla, el desempeño interino de aquella cartera fué confiado al Sr. de La Valette, ministro del Interior, que fué quien se encargó de exponernos la demostración de todas nuestras venturas.

Grandes debían ser éstas á juzgar por la extensión de la circular que las enumeraba; la cual circular, especie de síntesis de los sucesos recientes, fué dirigida con fecha 16 de septiembre á los agentes diplomáticos del imperio francés, y pretendía elevarse muy por encima de las preocupaciones de otra época, en lo que tenía razón, ya que ninguna otra época habría descubierto lo que en ella se inventaba.

Comenzaba el despacho con la confesión de las emociones públicas: «La opinión, decía, flota incierta entre la alegría de ver destruídos los tratados de 1815 y el temor de que el poder de Prusia adquiriera proporciones excesivas; entre el deseo de la paz y la esperanza de obtener por medio de la guerra un aumento de territorio. Aplauda la emancipación completa de Italia, pero quiere estar tranquila respecto de los peligros que podrían amenazar al Padre Santo.»

A esta breve confesión seguía, como en un discurso, la división de las materias que se proponía tratar: «Francia, decía el publicista oficial, no puede tener una política equívoca... Para disipar las incertidumbres y fijar las convicciones, es preciso considerar en su conjunto el pasado tal como era y el porvenir tal como se presenta.»

Hacíase luego una descripción del pasado, pero tan recargada de colores sombríos que era cosa de preguntarse qué providencia compasiva nos había conservado la existencia hasta entonces.

Las quejas sobre las desgracias de Italia, la exigüidad de Prusia y las preocupaciones italianas del Austria servían de transición para describir el estado presente, y en las observaciones que á seguida se hacían se pintaba la situación de la Europa del porvenir. Al llegar á este punto, el redactor de la circular complacíase en descubrir una á una todas nuestras ventajas: «La coalición de las tres potencias del Norte está rota, y el principio nuevo que en Europa rige es la libertad de las alianzas. Todas las grandes potencias recobran la plenitud de su independencia, el desenvolvimiento